

## Se me cayó la jota

Cuando yo era chiquito, vivíamos en una casa en la esquina de las calles 55 y 70, en Necochea. No me acuerdo mucho de ella, pero sí puedo decir que se entraba justo por la esquina; había un hall chiquito, en el que se destacaba un mueble blanco que era el escritorio favorito de Papá. Luego, el living-comedor, con la estufa hogar en el medio. Hacia adentro, a la izquierda del pasillo, el comedor y mas atrás, la cocina. Sobre la derecha, primero la pieza de mis papás, luego el baño, y por último la pieza nuestra.

Por la cocina se salía al lavadero, y de allí, al garaje y al patio. No recuerdo si había otra salida, pero me parece que sí, y era a través de la pieza grande. Quién sabe, han pasado tantos años...

Del lavadero salía una escalerita tipo caracol que iba hacia el altillo, en donde había un bañito y una habitación, que usaba la chica que nos cuidaba, Mary. Creo que había otra habitación que no estaba del todo terminada, la cual Guillermo y yo usábamos como 'club'. Ahí Guillermo jugaba con cablecitos, pilas y foquitos, mientras yo más que nada leía. A pesar de la simpleza de las actividades que se desarrollaban en el club, la entrada era muy restringida; para poder traspasar la puerta era imprescindible conocer la contraseña: "negro tortero".

Solíamos jugar en el garaje, pero también en la vereda, con los chicos del barrio. Me acuerdo de Claudio, Ana Julia del Hoyo y Cristian Bork. En frente de casa vivía Héctor, con quien iba al colegio, pero no jugábamos mucho juntos. Al lado de casa vivía una anciana amable a quien llamábamos la abuela Martina; del otro lado, la familia Arano, con cuyos hijos jugábamos también, sobre todo con Ricardo, que era de la edad de Guillermo. Muchas veces yo me escapaba a lo de los Arano y me pasaba las tardes leyendo revistas viejas.

Salíamos mucho a andar en bicicleta, pero con cuidado, porque pasando la casa de los Arano estaba la compañía de soda (USSAN), así que entraban y salían camiones todo el tiempo. Más adelante, había una tapa de cemento con un agujero, por el que se podía ver un pozo de agua. Alguna vez me dijeron que había mojarritas, por lo que muchas veces me pasé largos ratos ahí, tratando de sacar una...

El colegio nos quedaba a apenas tres cuadras, pero que para mí eran larguísimas. Normalmente, caminaba por la calle 70 hasta doblar en la 53, y luego dos cuadras por la 53 hasta llegar a la Avenida 74, donde estaba el Colegio Alemán. Había un problema: a la mitad de la última cuadra estaba la casa de los hermanos Márquez, que eran terribles; nosotros les teníamos mucho miedo, a pesar de que nunca nos habían pegado; sólo nos amenazaban. Igual, éramos tan miedosos, que muchas veces iba todo derecho por la 55, con tal de evitarlos. A veces incluso nos los encontrábamos en el Cine París, los domingos, cuando íbamos a ver las películas de 'cowboys', y a pesar de que éramos cuatro en vez de dos (porque normalmente estábamos con Cristian y Germán) igual les disparábamos. Y ellos aprovechaban y nos tiraban pelotitas de chicle en los pelos.

Si no estábamos afuera, jugábamos dentro de casa; por lo general, en la pieza. Papá siempre contaba que de chiquito a mí se me había dado por coleccionar las cosas más insólitas. Por ejemplo, un día metía todos los cepillos de diente en una bolsa y ahí andaba, con los cepillos de aquí para allá. Otra vez eran unos platitos de plástico, que usaba Papá para apoyar los vasos de whisky. En otras oportunidades, me agarraba unos vasitos chiquitos de colores que me encantaban. Pero lo más común era un juego de letras de plástico grandotas, que me llevaba hasta a la cama. Me acostaba con ellas, y jugaba a armar palabras incluso en plena oscuridad. Por supuesto, siempre se me caía alguna, por lo que no era raro escuchar el pedido a las 3 de la mañana de un miércoles:

- Papáaaa! Vení y prendeme la luz, que se me cayó la jota!!!

Y Papá venía, pobre.

Otra cosa que hacíamos con Guillermo, una vez que estábamos en la cama era jugar a las preguntas. Nos hacíamos series de 20 preguntas en las que por lo general, y como era obvio, ganaba mi hermano mayor. Muchas de las preguntas tenían que ver con los colores de las banderas de los distintos países del mundo, porque eso nos gustaba mucho. Otra fuente de cultura era el álbum de figuritas 'Starosta', que ambos coleccionábamos y nunca terminamos de llenar (nos faltó la figurita más difícil, que era 'el cisne'). Cuando nos cansamos de esperar, agarramos todas las figuritas repetidas que teníamos y las llevamos al colegio, en donde las revoleamos por los aires, de acuerdo a las costumbres del lugar, al grito "Figuritas a la marchanta!!!".

Lo último que recuerdo de mi casa de la 70 es un secreto terrible que voy a revelar por primera vez hoy: tenía un diario viejo escondido en la chimenea. En ese diario había una nota acerca de una maestra holandesa que había muerto escalando el cerro Aconcagua, en Mendoza. La noticia no era nada del otro mundo, pero a mí me aterraba. El día que leí la nota en el Ecos Diarios por primera vez, hice un bollo con el periódico y lo tiré detrás de la chimenea. Luego, lo saqué y lo alisé de nuevo. Y cada tanto lo volví a sacar para leerlo, sólo para asustarme de nuevo y volver a meterlo en el escondrijo en donde estaba. Cosas de chicos...

Quién sabe, tal vez el día de mañana vuelva a ir a Necochea y me voy a ver la casa con mis chicos. Me imagino la cara del dueño cuando le diga: "Me da permiso para ver su casa? Yo crecí aquí y no me acuerdo mucho". Y –por supuesto- me voy a ir derecho a la chimenea para ver si encuentro ese Ecos Diarios del año 1972 todavía escondido allí.